Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 24 (1997)
Heft: 6

Artikel: La vida diaria en 1850 : la manecilla del reloj o el dedo de Dios
Autor: Wottreng, Willi
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-909346

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

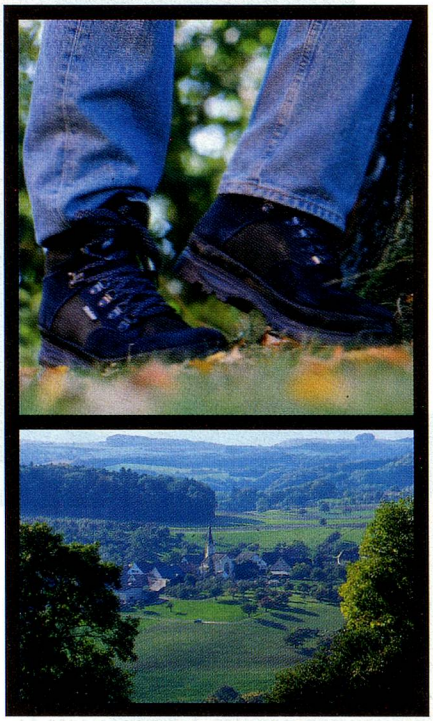
Download PDF: 09.08.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

La vida diaria en 1850

La manecilla del reloj o el dedo de

En la estación del ferrocarril de Zurich un caballero vestido de negro mira su reloj de bolsillo. Dentro de poco llegará el tren proveniente de Baden, que trae a su prometida y no a los «panecillos españoles» que le dieron el nombre al primer ferrocarril suizo.



Esta escena caracteriza los mediados del siglo XIX. No por ser cotidiana, porque aún no todos montan en el «tren de los hidalgos» y en el del «correo del Gotardo» (que celebra su auge), sino porque refleja dos nuevas

*Willi Wottreng**

experiencias básicas. La creciente importancia del tiempo y el acercamiento de los espacios.

«Todos se desplazan hacia el lugar al que es posible llegar con la mayor rapidez y relativamente poco dinero en un sólo día.» Esta cita publicada en el periódico «Volksblatt» de mediados del siglo revela 2 reconocimientos más: el dinero juega un papel tan importante en la estructuración de la realidad como los periódicos mismos, que están en condiciones de transportar las últimas noticias económicamente a larga distancia. El nuevo sentido de la métrica en todos los ámbitos de la vida queda complementado por el invento de lo que es «actualidad».

Sería incorrecto pensar que estos nuevos tactos y medidas (que incluyen el sistema métrico unitario de peso implementado por la Constitución) no hayan sido registrados por la población en general. En las fábricas se empezó a disciplinar a los trabajadores cuyo trabajo ya ni termina cuando están cansados ni empieza cuando amanece; la nueva jornada laboral es de 12 horas divididas en mitades por la sirena que suena a las 11 en punto. Como consecuencia, esto obliga a las familias obreras a organizar su día de manera nueva y abstracta.

La nueva organización incluye sobre todo la distribución del dinero. Los muchos obreros que estaban acostumbrados a tomarse libre el lunes, sienten la falta del sueldo en las comidas al finalizar la semana. Aunque en 1850, la canasta familiar de un obrero textil del cantón de Zurich era de entre 700 y 750 francos anuales, sólo ganaba 340 francos. Su esposa tenía que contribuir al gasto familiar y ganaba 215 francos y uno de los hijos aportaba 135 francos. Bajo estas condiciones, fue lógico que el número de hijos de las familias promedio se redujo drásticamente.

La alimentación del creciente número de habitantes requiere modificar la agricultura. Alrededor de 1850, ya no existen terrenos sin cultivo, lo que también refleja el proceso de compresión: ahorrar, calcular y la pérdida de espacios libres que define cada vez más la vida cotidiana. El suelo se ha distribuido, ahora hay que explotarlo óptimamente. Por fortuna hace poco, se empezó a sembrar papa (el regalo del nuevo mundo) en Suiza. Con ella se logra resolver parcialmente los problemas de alimentación global.

Aun no se ha logrado dominar totalmente las nuevas condiciones de vida. Mientras que la civilización ha empezado a estructurar la tierra, prevalece el temor diario causado por las indómitas fuerzas naturales, es como si la vida misma se hubiera convertido en menos fiable. Se temen el fuego que consume los pueblos, las inundaciones que destruyen las cosechas, las avalanchas que derrumban los establos, las enfermedades incubadas en las fosas fecales de las comunidades. El progreso está ligado íntima y extrañamente a peligros inmanentes.

Quienes temen sucumbir ante las catástrofes causadas por las exigencias nuevas de la economía y las viejas de la naturaleza, emigran, a menudo voluntariamente y otras veces por decreto. Las autoridades decretan que los pobres emigren a las Colonias porque el hambre los obliga a vagar por el país y a cometer delitos en busca de sustento. Al mismo tiempo obligan a los gitanos, acostumbrados a la vida nómada, a arraigarse. Estos son los procedimientos implementados para estabilizar la población; se implanta el orden requerido por el recién fundado Estado Federal. Pero orden también significa la ausencia de

*Willi Wottreng vive en Zurich, es redactor de tiempo parcial del semanario «Weltwoche» y reportero independiente.

Dios

disturbios, vida nómada y trabajo ambulante.

Como detalle poético del procedimiento, recordamos que fue así como el «Schwiizerörgeli» (acordeón típico) se arraigó en Suiza. Llegó al país traído por un carpintero vienés, quien se estableció y naturalizó en la comunidad de Oberthal en el cantón de Berna.

Las libertades antiguas ya no existen. Esto se nota en la manera en que la gente se saluda. El «tu» rural queda reemplazado por el «usted» urbano que nos pone a cierta distancia formal. Muchos ya no dan las gracias con el amable «Vergelts-Gott» (Dios lo bendiga) sino con «Oblischee» (obligado), que refleja la obligación bilateral tan parecida al intercambio de mercancías.

No obstante, el nuevo tiempo que implementa ritmos que tocan lo más íntimo de la vida, tiene dificultades en establecerse porque tiene que desplazar al viejo menos racional.

Me imagino que mientras el caballero burgués que está esperando a su novia en la estación del tren, quien descenderá dentro de poco vestida con la crinolina de moda (falda amplia hecha con aros de ballenas atados con pelo de caballo) y cara ennegrecida por el hollín, su empleada se dedica a adivinar si la unión será feliz o no. Posiblemente lo hace (como sus antepasados) arrojando plomo líquido en agua para discernir el futuro según las figuras que forma; o escogiendo al azar un palo de la pila de leña para saber cómo se ve su futura ama; o echando al aire una pantufla, que según la dirección en que caiga predice si su amo ha escogido bien. ■

Salarios en el año de 1850
(en céntimos por día)

Industria del metal:	200
Construcción:	200
Comestibles:	10
Vestimenta:	255
Cueros:	320

Precios en el año de 1850
(artículos importantes de la vida cotidiana en céntimos)

1 kg de pan semi-integral:	32
1 kg de papas:	7
1 litro de leche:	8.5
1 kg de mantequilla:	133
1 kg de carne de res:	61
1 kg de café:	150
1 huevo:	3.5
1 litro de vino:	1.5
1 par de zapatos:	640
1 braza de leña:	2280
1 par de medias:	55
1 camisa:	275
1 falda:	500

Fuente: Albert Hauser: «Das Neue kommt. Schweizer Alltag im 19. Jahrhundert», Zurich 1989

Emigración en el siglo XIX

El sueño de la vida mejor

«Su esposa entró inadvertida y frotándose las manos se colocó detrás de la pila de cuadernos para corregir. Que no sabe qué cocinar. Como siempre, cuando estaba a punto de llorar, le tiemblan los párpados. Papas, balbucea él ausente. Están podridas, dice ella. De las mejores quedan sólo unos 15 kilos en el sótano. De esas debería guardar algunas para sembrar. Entonces maíz... En ese momento se ruboriza de furia. La harina de maíz ha subido a causa de la mala cosecha de papas, dice enaltecida. En la gaveta ya no tengo dinero y comprar a crédito no es decoroso, eso lo había dicho él mismo.»

Así describe Eveline Hasler en su novela «Ibicaba. El Paraíso en las Cabezas» las condiciones de vida del maestro de escuela de Graubünden, Thomas Davatz, quien junto con otros 265 emigrantes emigró a Brasil en 1855 buscando una vida mejor. Así como él fueron miles de suizas y suizos los que buscaron fortuna en ultramar durante el siglo XIX.

Como en todos los demás países europeos, el siglo pasado fue la época de la emigración en masa. Las causas principales fueron las consecuencias de la Guerra Napoleónica, las hambres de 1816/17 y de 1845/46 y la implementación de los telares mecánicos alrededor de 1840. En vista de la situación difícil en casi toda Europa, los emigrantes buscaron su suerte sobre todo en Norte y Sudamérica y en Rusia. Entre 1850 y 1914 emigraron alrededor de 400.000 ciudadanas y ciudadanos suizos. La mayoría de ellos del Tesino, de los valles alpinos del este y del centro de Suiza; algunos del Mittelland y muy pocos de Suiza Francesa.

Actualmente, los investigadores científicos distribuyen a los emigrantes en dos categorías principales. Por un lado, los que emigraron en grupos, sobre todo hacia América y quienes frecuentemente fundaron clubes suizos y hasta colonias con nombres suizos, v.g. Nova Friburgo en Brasil, New Glarus y New Bern en los EE.UU., Nueva Helvecia en Uruguay, etc. Por el otro, a los que emigraron individualmente o como especialistas que lograron fama para Suiza como médicos, institutrices, queseros o confiteros y panaderos en Rusia.

Las autoridades fomentaron la emigración repetidamente. Los gobiernos comunales y cantonales la financiaron para no tener que apoyar económicamente a los pobres. Aún durante los años 20s del presente siglo, el gobierno federal alentó a quienes emigraron a Argentina, Francia, Brasil y Canadá subvencionándolos con el objeto de mitigar el desempleo dentro del país.

El sueño de Thomas Davatz y sus compañeros culminó en la pesadilla de trabajar casi como esclavos en las plantaciones de café en el Brasil. No obstante, la mayoría de los emigrantes realmente logró escapar de la estrechez y la pobreza de su patria y encontró una vida mejor en el Nuevo Mundo.

René Lenzin ■

MI SUIZA:

El gobierno se ocupa de los pobres y hasta de los drogadictos... Emplea los impuestos para cosas que valen la pena. Además me siento bien en Suiza porque es limpia y siempre hay suficiente agua.

ALINA (12)